

establecer los arreglos que los comisionados celebrasen con don Benito Juárez. El gobierno de los Estados-Unidos, esperaba que cuando sus enviados llegasen á Veracruz, ya Maximiliano hubiese abdicado y salido para Europa.

Poco despues de haber recibido el mariscal Bazaine los despachos del marqués de Montholon, ministro de Francia cerca del gobierno de los Estados-Unidos, vió aclarado el asunto de que hacían mencion los expresados despachos del marqués de Montholon. Todo lo encontró explicado con una visita que le hizo Mr. Otterbourg, cónsul norteamericano que acababa de llegar á Méjico á toda prisa de los Estados-Unidos, donde, como he dicho, se daba por indubitable la salida de Maximiliano para Europa. El expresado cónsul Mr. Otterbourg estaba encargado de preparar el terreno á los dos plenipotenciarios Campbell y

1866. Sherman acreditados cerca del gobierno de
Noviembre. don Benito Juárez. En la conferencia que Mr. Otterbourg tuvo con el mariscal Bazaine, anunció á éste que estaban próximos á llegar á Veracruz los dos comisionados por el gobierno de Washington, y el objeto de su viaje. En otra conversacion que algunos días despues tuvo tambien con el mariscal, conversacion sin carácter oficial sinó enteramente oficiosa, le manifestó que estaba encargado por su gobierno, el cual obraba en ese punto de acuerdo con el gabinete de las Tullerías, de restaurar el gobierno republicano en Méjico en union del general en jefe del ejército francés. «Tiempo es ya,» agregó, «de fijarse en el general juarista á quien se deba entregar la capital, para evitar los desórdenes que de un momento á otro puedan estallar en ella; y, en mi con-

cepto, nadie me parece más digno de la eleccion francesa, que don Porfirio Diaz. Sería, pues, prudente, previendo los acontecimientos, invitarle á que se aproximase á la capital.» Mr. Otterbourg añadió «que ya había obtenido de los banqueros de la ciudad, los fondos necesarios para asegurar el sueldo de un mes de las tropas de don Porfirio Diaz.»

El mariscal Bazaine manifestó su admiracion de ver lo avanzado que se hallaba el asunto más importante y delicado para Francia y los Estados-Unidos, cual era la terminacion pacífica de la cuestion mejicana: expresó lo satisfactorio que le sería la pronta realizacion de la paz del país por medio de los arreglos expresados; pero declaró, al mismo tiempo, de una manera terminante al cónsul norteamericano Mr. Otterbourg, que «mientras Maximiliano pisase el territorio mejicano y no abdicase, era á sus ojos el único supremo jefe legal del país que tenía derecho á la proteccion francesa.» Hecha esta declaracion, manifestó que «si más tarde el archiduque se embarcaba, no veía inconveniente en que se organizase un gobierno con el concurso de don Porfirio Diaz, por quien tenía más simpatías que por el general don Jesús Gonzalez Ortega, aunque este era el candidato recomendado por la corte de las Tullerías.» En seguida añadió: «Si se presenta esta eventualidad para hacer una restauracion, nosotros no aceptaremos ni apoyaremos como pretendiente al sillón
1866. presidencial, sinó al jefe republicano que
Noviembre. nos garantice el reconocimiento de la deuda francesa, dándonos seguridades formales. Si nos ponemos de acuerdo, y en esto seguiré las instrucciones de mi sobe-

rano, trataremos con toda regularidad, cuando haya llegado el momento, y á este título entregaremos naturalmente al nuevo presidente las plazas de la república, lo mismo que el armamento y la artillería mejicana.»

Habiéndole hecho al mariscal Bazaine una observacion el cónsul norte-americano Otterbourg en esta conversacion oficiosa, respecto al destino que se daría á seis mil fusiles que de parte de Maximiliano se habian pedido al extranjero, manifestó el general en jefe francés, que, si se verificaba la abdicacion, estas armas quedarían comprendidas en el material que podría entregarse, previo su pago, al presidente legalmente reconocido.

Aunque esta conversacion fué enteramente familiar y sin carácter oficial alguno, el cónsul norte-americano, sin que el mariscal Bazaine le hubiese autorizado á ser el intérprete ni oficioso ni oficial entre el cuartel general y don Porfirio Diaz, puso en conocimiento de este la entrevista que había tenido con el jefe francés, dando el carácter de proposiciones formales hechas por Bazaine, lo que sólo había sido indicado en el caso de que Maximiliano abdicase.

Como era justo y hasta un deber de parte de don Porfirio Diaz, dirigió una carta á don Matias Romero, ministro de don Benito Juarez en los Estados Unidos, poniendo en su conocimiento lo que le había comunicado el cónsul norte americano Otterbourg.

Como esta carta fué publicada más tarde por el gabinete de Washington, reproduciéndola varios periódicos de Europa, y de la manera con que fué dada la noticia por Mr. Otterbourg á don Porfirio Diaz de lo tratado en

la entrevista con el mariscal Bazaine, resultan cargos terribles contra éste, que, en justicia, no los merece, y, puesto que atañen á su honra, se deben desvanecer, voy á copiar la parte importante de ella, escrita con la mayor lealtad por el general mejicano, pero no dadas con la misma por el que se las comunicó. La carta de don Porfirio diaz que publicó la prensa de los Estados-Unidos y de Europa, decía así: «El mariscal Bazaine me ofreció, por medio de tercera persona, poner en mis manos las poblaciones ocupadas por los franceses y entregarme Maximiliano, Marquez, Miramon, etc., si aceptaba yo una proposicion que rechacé porque no me pareció honrosa. Otra proposicion, que procedía igualmente de la iniciativa del mariscal Bazaine, se refería á la adquisicion de seis mil fusiles y cuatro millones de pistones: si yo lo hubiera deseado, tambien me habría vendido cañones y pólvora; pero me negué á aceptar estas proposiciones.»

Como se ve, el cónsul norte-americano Otterbourg, que es la tercera persona á que alude en su carta don Porfirio Diaz, dió á las indicaciones condicionales de Bazaine el carácter de proposiciones formales al referir al general republicano la entrevista que tuvo con el jefe francés. Este dijo que si se ponían de acuerdo, en el caso de que Maximiliano abdicase, con el jefe republicano, garantizando éste el reconocimiento de la deuda francesa, «entregarían al nuevo presidente las plazas de la república lo mismo que el armamento y la artillería mejicana.» La proposicion que don Porfirio manifiesta haber rechazado por no parecerle honrosa, es la relativa al reconocimiento

de la deuda y de los empréstitos franceses. En cuanto á la adquisicion de los seis mil fusiles y cuatro millones de pistones, ya ha visto el lector que Bazaine dijo á mister Otterbourg, que en caso del arreglo indicado, «estas armas quedarian comprendidas en el material que podía entregarse, previo su pago, al presidente legalmente reconocido.» Falta sólo decir algo sobre la terrible acusacion de que el mariscal ofreció entregar á Maximiliano, á Marquez y á Miramon. Esa proposi-

1866. Noviembre. cion se referia á Miramon. Se ignora quién dió esa noticia á don Porfirio Diaz; pero cualquiera que fuese la persona que se la dió, que sin duda sería de alta posicion, cuando la acogió el honrado general republicano, debemos creer que estuvo mal informado ó que dió una interpretacion inexacta á algunas palabras de Bazaine. Ningun acto de la vida de este militar da motivo á que se le atribuya ese pensamiento que hubiera echado sobre su honra mancha infamante. El hombre que gozaba del favor de su soberano, que ocupaba una posicion brillante en el ejército francés y que disfrutaba de un nombre esclarecido en su país y en Europa, no era posible que se ofreciese á dar un paso, que no le proporcionaba ventaja alguna y cuyo solo ofrecimiento le hubiera hundido en el vilipendio y el baldon del mundo entero. El buen criterio, la simple razon natural rechazan como inverosímil ese cargo; y las atenciones que siempre, hasta el último instante, tuvo el mariscal Bazaine hácia la persona del emperador Maximiliano, destruyen victoriosamente hasta la menor duda que pudiera abrigarse en ese punto.

El apreciable escritor don Francisco de Paula de Arrangoiz cree que el cargo tiene alguna fuerza, porque «no sabía hasta el momento en que escribía su *Relacion de los principales acontecimientos politicos*, que el mariscal Bazaine hubiese desmentido la gravisima acusacion.» Pero aunque no hubiese llegado á noticia del señor Arrangoiz que el mariscal, por sí mismo, llegase á asegurar que eran injustas las inculpaciones que se le hacian respecto de los puntos referidos, parece que debió verle vindicado de ellas por el conde de Kératry en la obra intitulada: *Elevacion y caída del emperador Maximiliano*, que cita varias veces, y en la cual el expresado conde, refiriéndose al punto relativo á la entrega del emperador y sus generales, dice que «*esta calumnia no tardará en caer sobre su autor, sea quien fuese.*»

1866. Noviembre. El sacrificio de la honra, de la brillante posicion social, del favor del monarca, de las distinciones, de los honores y del aprecio de la sociedad, no se hace jamás por persona alguna, sinó cuando está dominada por terribles pasiones que le ciegan, como son la ambicion de grandes riquezas ó el deseo de una tremenda venganza, y acaso tambien por salvar la vida. Respecto de lo primero, nada podía esperar el mariscal Bazaine. En cuanto á un afan vehemente de venganza, tampoco existía motivo para que lo abrigase: podía tener algun despecho contra los hombres influyentes del partido conservador que trabajando porque no abdicase Maximiliano, desbarataban el plan del gabinete de las Tullerías de tener un pretexto para retirar su ejército, y abrigar tambien el deseo de que fuesen vencidos los generales

conservadores, para que el mundo no dijera que ellos, con escasos elementos, y dejándoles en la situación más angustiosa, habían logrado lo que él no había conseguido; pero aun para esto tenía que dejarles libre la acción de obrar, porque de aprehenderles y entregarles, además de lo infamemente del hecho, se hubiera deducido que había esperado, con efecto, que hubiesen alcanzado lo que él no alcanzó. En su propio interés estaba, pues, que combatesen, privándoles de todos los recursos que pudiera, á fin de que la derrota de ellos hiciese aparecer brillante la campaña que él había hecho. Nada hay que decir respecto al deseo de salvar su vida, puesto que lejos de hallarse amenazado del menor peligro, poseía la fuerza para hacersè respetar y aun temer en caso necesario. La honra del hombre es muy sagrada, y he creído un deber presentar las razones que destruyen el terrible cargo que se ha hecho al mariscal Bazaine sobre los puntos que referidos dejo.

Los plenipotenciarios norte-americanos Campbell y Sherman, despues de haber permanecido algunos días en la Habana, y de haber sabido allí que aun no **1866.** se verificaba la abdicacion, se dirigieron al puerto mejicano de Tampico, ocupado por fuerzas republicanas. Habiendo llegado los plenipotenciarios norte-americanos al expresado puerto, dirigieron un despacho al cónsul de los Estados-Unidos residente en Veracruz, haciéndole algunas preguntas. El cónsul norte-americano hizo que se preguntara por telégrafo el 25 de Noviembre á los representantes de Francia en Méjico, si la fragata *Susquehanah*, que estaba anclada aún en Tampico, podía

ir á Veracruz, y si sería allí bien recibida, pues el ministro Campbell y el general Sherman, deseaban apersonarse con las autoridades francesas. El mariscal Bazaine contestó: «que la fragata norte-americana sería recibida como todo buque de guerra de una nacion amiga, y que los personajes en cuestion serían bien acogidos en Méjico si deseaban pasar á la capital.» El cónsul comunicó inmediatamente por el paquete inglés esta contestacion á los comisionados, y el día 29 de Noviembre, la fragata *Susquehanah* enarbolaba el pabellon de las estrellas costeadando las isletas de arena, detrás de las cuales se descubre la ciudad de Veracruz. En el momento que estuvo á corta distancia del puerto y fué á anclar enfrente del castillo de san Juan de Ulua, se dirigió hácia ella, en un bote, el cónsul de los Estados-Unidos de Veracruz. El ministro norte-americano y el general Sherman que, como su gobierno, se habían prometido ver á su llegada á Veracruz establecido en la capital el gobierno republicano, al saber por el cónsul que aun no se resolvía la abdicacion, fueron á anclar á la isla Verde, á algunas millas de Veracruz, en espera de los acontecimientos. En la mañana del siguiente día, un oficial de la marina francesa fué á cumplimentar al general norte-americano Sherman, segun el ceremonial ordinario. Pocas horas despues, recibió el mismo general un aviso enviado de la capital por Mr. Otterbourg, cónsul de los Estados-Unidos que hacía poco había llegado á Méjico para preparar el terreno de los dos plenipotenciarios acreditados cerca de don Benito Juarez, pues, como dejo referido, el gabinete de Washington, suponía que á su llegada se hubiese em-

barcado ya Maximiliano. En ese aviso le decía: «que el mariscal Bazaine le recibiría con toda la distincion debida á su grado, y con la más franca cordialidad;» pero le contestó que no iría á Méjico, sinó por una exigente invitacion del mariscal. Tambien las autoridades francesas de Veracruz ofrecieron á los enviados norte americanos una escolta que les acompañase á la capital, donde estaban los representantes de la Francia; pero como sin la abdicacion del emperador, con la cual se había contado, no se podía hacer nada, no quisieron ni aun saltar á tierra, esperando en el buque la determinacion definitiva de Maximiliano.

Mientras éste recibía en Orizaba numerosas exposiciones de ideas conservadoras, pidiéndole que no abdicara, el gobierno francés meditaba la manera de retirar sus tropas de Méjico de la manera que ménos bajas produjese en ellas. Varios periodistas de nota de París opinaban que la evacuacion completa, no gradual, sinó simultánea, era la más conveniente. Los redactores de *La* 1866. *Noviembre. Franco*, habían indicado esa idea en los primeros días de Octubre. «Nuestro regreso,» decían en el expresado periódico, «no es una retirada: salimos de allí con tambor batiente y con banderas desplegadas, como conviene á vencedores que no creen deber llevar más adelante su empresa. Pero una vez que en esas comarcas hemos resuelto envainar la espada, ¿no seria conveniente envainarla de una vez y no exponernos á vernos obligados á sacarla de nuevo?»

»Con tales circunstancias, nos parece que cuanto antes mejor.

»Esto es lo que piensan muchos hombres sensatos, y lo que nos permitimos exponer, sin tener por otra parte la pretension de conocer ni prejuzgar las decisiones del gobierno.

»Ha corrido varias veces el rumor de que el emperador Maximiliano deseaba dejar el puesto á que ha subido, y que imitando al Austria en el Véneto, pensaba abdicar en manos del emperador de los franceses. Si semejante rumor tuviese algun fundamento, la Francia sólo tendría una cosa que hacer en Méjico, como en Venecia, que era devolver el imperio á las poblaciones mejicanas y á su entera soberanía.

»Pero en todo caso nos parece llegado el momento de cortar definitivamente la cuestion mejicana. Decidido el regreso de nuestras tropas, Méjico no es para nosotros más que un embarazo político y hacendario. Nuestro único cuidado debe ser arreglar sin dilacion nuestros intereses materiales, y dejar á Méjico entregado á sí mismo.»

Napoleon aceptó esta política; y en virtud de ella, se decidió que la evacuacion se efectuaría, no en tres plazos como se había estipulado con los Estados-Unidos, que eran uno en Noviembre de 1866, en que pasaban los acontecimientos presentados en este capitulo, el segundo en Marzo de 1867, y el tercero en Noviembre del mismo año, sinó que todo el ejército saliera de una vez, en la primavera de 1867.

Tomada esta determinacion, cesó el movimiento de concentracion de las tropas francesas, y aun se suspendió la marcha de algunos cuerpos que ya habían recibido la orden de ponerse en camino para el puerto de Veracruz.